

Un “siglo americano”

En este número de *ECA* se incluye una serie de ensayos que examinan las complejas y cambiantes relaciones entre El Salvador y la potencia mundial más cercana e influyente a lo largo de su vida como nación independiente: los Estados Unidos. Estos trabajos se expusieron en la Universidad, entre el 6 y 8 de febrero del presente año, en el marco de las Jornadas “Ignacio Ellacuría” del Departamento de Filosofía de la UCA, bajo el título “El Salvador y Estados Unidos: balances y perspectivas de un siglo de relaciones”. Para Ignacio Ellacuría, el trabajo intelectual universitario debía estar atento al carácter dinámico y abierto de la realidad para vislumbrar horizontes del cambio social. Uno de los signos más visibles de nuestros tiempos es el nuevo rostro que la migración ha dado a El Salvador. Es por esta razón que algunos hablan hoy de una sociedad transnacionalizada o de una nación desterritorializada. Ya a finales de los años ochenta la presencia de los Estados Unidos se hacía sentir tanto por su papel intervencionista en la vida política nacional, como por haberse convertido en el principal destino del éxodo de los salvadoreños. Pionero en señalar el impacto futuro de este fenómeno fue el trabajo de Segundo Montes, quien dedicó sus últimos años a tratar de orientar el interés de la investigación científico-social hacia la comprensión de la migración.

La relación entre nuestros países no solo ha de explicarse en el contexto inmediato de los conflictos armados de la década de los ochenta, sino que es también parte de otros procesos de mayor duración, donde se ponen en evidencia la radical desigualdad en condiciones materiales de vida y la asimetría de poder entre distintas regiones del planeta. El mundo moderno surge, en parte, de la promesa de un orden más justo y racional, pero se construye en condiciones que minan esa promesa. Enrique Dussel, en su obra *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “mito de la Modernidad”*, muestra que la modernidad ocurre gracias a la constitución de un sistema mundial, capitalista y colonial, resultante de la expansión de las potencias europeas hacia el Atlántico.

Este mapa geopolítico moderno experimentará su primera gran reconfiguración con la primera gran oleada de descolonización que arranca, en 1776, con la Revolución americana y culminará con la guerra hispano-americana, en 1898. Como señala Walter Mignolo, en este nuevo mapa surge una entidad geopolítica en el hemisferio occidental que marca una

redefinición de las relaciones entre Europa y sus antiguas posesiones en el continente americano. Pero este cambio no es resultado de una relación más igualitaria entre los nuevos Estados nacionales y su antigua metrópolis, sino de la emergencia de una nueva potencia en el norte del hemisferio, que reclama su dominio sobre nuevos clientes. No es inocente, pues, la ambigüedad semántica por medio de la cual los norteamericanos denominan a su país con el nombre del continente: ese afán hegemónico está profundamente incrustado en su imaginario político y geográfico.

Desde los albores de su vida independiente, Estados Unidos entra en juego en la región centroamericana. En la primera mitad del siglo XIX, arrebató a México un extenso territorio que llega hasta el Pacífico, pero carece de vías de transporte fiables para acceder a sus nuevos territorios, pues la vía terrestre implica atravesar las vastas planicies y montañas, todavía habitadas por pueblos indígenas que resisten al despojo de sus territorios. La ruta más rápida que permite la conexión entre los puertos del Atlántico y el Pacífico es la que atraviesa el istmo centroamericano, bien sea a través de Nicaragua o de Panamá. La región de Centroamérica y el Caribe se convierte así en un área estratégica para los “intereses nacionales” de los Estados Unidos. A partir de

allí, ensaya una política neocolonial, nueva modalidad de relación entre metrópolis y periferia que ya no requiere la ocupación directa de los territorios, sino la colaboración —mediante una combinación de seducción y coacción, que solo en casos especiales recurre a la acción militar— de Estados nacionales formalmente independientes y más débiles.

El Salvador estuvo desde temprano bajo la órbita de influencia de los Estados Unidos, aunque fue uno de los pocos países de la zona que se libró de la intervención militar. Como lo muestra Ricardo Argueta en el ensayo que incluimos en este número de *ECA*, el país logró mostrar una cierta indepen-

dencia ante las ambiciones hegemónicas del coloso del norte en distintos momentos, incluso durante buena parte del gobierno de facto del general Hernández Martínez. No siempre los intereses de las élites salvadoreñas fueron congruentes con los intereses imperiales norteamericanos.

Esta situación cambió drásticamente después del fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando se inaugura la Guerra Fría. A partir de entonces, Estados Unidos buscó asegurarse de manera más agresiva la lealtad de sus vecinos, aunque esto implicó convertirse en el principal soporte de regímenes autoritarios que negaban a las grandes mayorías condiciones elementales de vida digna. Estados Unidos será, pues, el principal impulsor de una Doctrina de Seguridad Nacional que se convertirá en el credo de los dictadores de turno y en la excusa para desatar el terrorismo de Estado.

La responsabilidad de los Estados Unidos en degradar la vida política de los países bajo su órbita constituye una gran paradoja; porque a su interior se fue consolidando un Estado de derecho que permitía una política democrática que, luego de largas luchas, había llegado a reconocer espacios

El Salvador, en particular, no puede darse el lujo de abrigar hacia los Estados Unidos una actitud demonizadora. Comprender al coloso del norte es un reto especialmente importante para nosotros, dada nuestra cercanía y el enorme peso que tiene en la vida nacional la migración.

importantes de libertad y participación para sus ciudadanos. De esta manera, Estados Unidos superaba la condición colonial sólo para reproducirla de nuevas maneras: hacia fuera, imponiendo nuevas condiciones de servidumbre a las regiones que caían bajo su órbita de influencia, pero también hacia dentro, a través de un violento e ignominioso sistema de exclusión racial. El sueño americano, que proporcionó oportunidades inéditas de vida digna a migrantes pobres venidos de todos los rincones de Europa, fue una utopía manchada por el racismo; una utopía que construyó una identidad nacional basada en los valores de justicia y democracia, pero que tuvo como precio la exclusión sistemática de la ciudadanía a importantes grupos minoritarios de su población. Tales son los casos de los pueblos indígenas originarios que fueron exterminados o reclusos en reservas; de los descendientes de los esclavos africanos, que pasaron de la esclavitud a un estatuto de ciudadanía de segunda clase; y, finalmente, de las poblaciones hispánicas que habitaban en los antiguos territorios mexicanos o que seguirían llegando en busca de mejores condiciones de vida.

No obstante lo anterior, la sociedad norteamericana nunca ha sido monolítica ni se puede reducir a las ambiciones de hegemonía mundial de sus gobernantes. Estados Unidos es un país complejo que contiene enormes diferencias regionales, sociales y culturales, y que ha sido lugar de grandes innovaciones que han terminado por afectar profundamente la fisonomía del mundo contemporáneo. Por ello, el siglo XX fue, a decir del historiador Eric Hobsbawm, el “siglo americano”. En los albores del siglo XXI, cuando la hegemonía norteamericana parece entrar en un ciclo de declive, el nivel de “americanización” del mundo globalizado se hace sentir al adoptar muchas de las formas y sensibilidades difundidas por la industria mediática de la cultura, que antes de ser global fue norteamericana. Tampoco debemos olvidar que Estados Unidos ha sido el escenario de importantes avances en las luchas democráticas, no solo en el reconocimiento de derechos a la clase trabajadora, sino también en otros ámbitos como el movimiento de los derechos civiles por la igualdad racial o el movimiento feminista.

El Salvador, en particular, no puede darse el lujo de abrigar hacia los Estados Unidos una actitud demonizadora. Comprender al coloso del norte es un reto especialmente importante para nosotros, dada nuestra cercanía y el enorme peso que tiene en la vida nacional la migración. Es importante recordar que la relación entre los Estados Unidos y El Salvador no ha sido solo la política neocolonial abusiva que establece intercambios comerciales en condiciones de disparidad o coacciona nuestra soberanía política para mantener esas relaciones o para asegurar los objetivos geopolíticos de la gran potencia, como es el caso del envío de tropas salvadoreñas a Irak y el empecinamiento de nuestro gobierno por mantenerlas, aun cuando la mayoría de la población reprueba esta participación. Por las rutas que nos unen, no solo han circulado mercancías, armas o correspondencia diplomática; también han transitado personas con sus cargas de miedos y prejuicios, pero también de esperanzas y creatividad.

El sueño americano entre nosotros delata la incapacidad de la sociedad salvadoreña de asegurar un lugar digno a la inmensa mayoría de sus habitantes.

Hay una historia pendiente de escribir: la historia de la migración salvadoreña a los Estados Unidos. Ésta habría que remontarla, quizá, hasta comienzos del siglo XX. Por entonces, las élites nacionales comienzan a ver a Estados Unidos como el referente de plenitud metropolitana que Europa está dejando de ser, y viajan a gozar de su abundancia y sus lujos, o acuden a educarse para afianzar sus privilegios; pero ya desde entonces hay también historias de salvadoreños de distintos sectores sociales que emigran al norte para escapar de la pobreza y/o del peligro del descenso social en momentos de crisis, o de la persecución política en los largos ciclos autoritarios que hemos padecido. También encontramos en este primer momento casos de salvadoreñas que emigraron para buscar relaciones de género menos opresivas que la del patriarcado local y que han encontrado en suelo estadounidense la posibilidad de tener mayor control sobre sus vidas. Aunque los números de esta primera ola migratoria puedan parecernos pequeños, sus experiencias —narradas a través de la tradición oral— impregnan las memorias de muchas familias salvadoreñas. A ellas se añade la exaltación del *american way of life* en los relatos e imágenes difundidos por la industria de la cultura. Todos estos significados culturales afectan considerablemente al imaginario nacional y han hecho de Estados Unidos un “otro” especialmente relevante para la definición de la identidad salvadoreña.

La figura mítica de Estados Unidos como equivalente mundano del paraíso terrenal está a la base de esa colosal migración popular salvadoreña que se desata durante el conflicto bélico y que no cesa al día de hoy. Y por mucho que esto pueda tener de espejismo, tiene también algo de verdad. Aun cuando los migrantes salvadoreños deban enfrentar las más duras pruebas durante el viaje y, luego, al llegar a su destino, escasez, discriminación y permanente amenaza de la deportación, un número considerable de ellos consigue la vida digna que nuestro país les ha negado. El sueño americano entre nosotros delata la incapacidad de la sociedad salvadoreña de asegurar un lugar digno a la inmensa mayoría de sus habitantes.

Ahora bien, no hay que caer en la ingenuidad de creer que estas oportunidades se deben a una generosidad desinteresada del país huésped. La tolerancia de los Estados Unidos hacia la migración clandestina se ha vuelto estructuralmente necesaria para la reproducción de su estilo de vida. Contar con una mano de obra barata y desprovista de prestaciones laborales permite mantener bajos los costos de alimentos y de ciertos servicios que permiten a los sectores acomodados de la clase media norteamericana gozar de un estilo de vida de lujo y despilfarro antes reservado solo a los más ricos. Esto coloca a los migrantes en una situación de precariedad que se acentúa ahora que la economía estadounidense parece entrar en un ciclo recesivo. Con mucha facilidad, los inmigrantes se convierten en chivo expiatorio y se les responsabiliza por el deterioro de las condiciones de vida de la clase trabajadora norteamericana. Por ello, ni siquiera el posible triunfo del Partido Demócrata en las presidenciales de noviembre garantiza a nuestros compatriotas indocumentados la posibilidad de regularizar su situación migratoria.

Pese a estas dificultades, la perseverancia y la capacidad de sacrificio les han permitido a muchos de nuestros compatriotas abrirse espacio en su nuevo país. Digna de admiración es también la generosidad de muchos

que continúan preocupados por el país que los expulsó. Hasta ahora, la política oficial respecto de los salvadoreños en el exterior ha sido la de verlos como emisores de remesas y como la principal fuente de recursos para paliar la pobreza y compensar la falta de políticas sociales. Esa visión solo viene a reproducir la actitud instrumental con la que el Estado salvadoreño ha entendido históricamente a sus ciudadanos menos privilegiados. Hemos llegado así a establecer un sistema perverso para mantener el statu quo: los pobres emigran y envían remesas que dinamizan un sistema económico que obliga a los pobres a emigrar y enriquece sólo a una minoría. Este modo de relación entre el país y sus emigrantes debe cambiar. El Estado salvadoreño debe reconocer su deuda con los emigrantes dándoles plena participación, tanto en el ejercicio del voto como en otras formas de involucrarse en la vida nacional, que ya no se restringe a los límites territoriales del país.

La diáspora representa una gran promesa para el país. Recordemos que un número considerable de salvadoreños ha logrado legalizar su estatus en sus nuevos países, e incluso ha llegado a adquirir la ciudadanía. Las comunidades salvadoreñas y centroamericanas de ciudades como Los Ángeles, Washington y San Francisco han ido ganando espacios en la democracia norteamericana. Es interesante que muchas de las organizaciones que abogan por los derechos de los centroamericanos tuvieran su origen en el movimiento de solidaridad con las luchas revolucionarias, especialmente la de El Salvador. Esa experiencia organizativa fue clave para adquirir reconocimiento y ganar derechos, pero a ella se ha sumado la práctica de activismo político y social en Estados donde la formalidad democrática es compleja y está consolidada. El país tiene mucho que aprender de estos compatriotas.

Otro dato esperanzador de la migración es que un número considerable de hijos de inmigrantes, incluso muchos de extracción social obrera o campesina, está logrando ingresar al sistema universitario norteamericano. Cada año se gradúan más salvadoreños o hijos de salvadoreños con títulos de grado o posgrado en distintas ramas del saber. Algunos de ellos han pasado a formar parte del cuerpo académico de importantes universidades. Hay aquí un recurso humano valioso: profesionales e intelectuales que en muchos casos no provienen de las élites o las clases medias, y que han tenido acceso a educación superior de primer nivel. A futuro, esto será un recurso de primera calidad para pensar nuestra realidad desde perspectivas y sensibilidades más cercanas a las necesidades de las grandes mayorías. Para ello, es importante que el país se prepare a acoger su aporte y dialogar en pie de igualdad. Deben darse pasos decididos para superar la precariedad material e institucional que caracteriza al trabajo intelectual y que provoca una continua fuga de cerebros, otra de las fuentes de origen de nuestra diáspora.

La historia de la relación entre los Estados Unidos y El Salvador se inicia, en el siglo XX, con un movimiento de capitales y mercancías que acentúa nuestra dependencia y debilita más nuestras oportunidades de llegar a ser una sociedad más justa y democrática. Pero se cierra con un movimiento en sentido inverso de personas, que abren nuevos horizontes, retos y esperanzas para nuestro país en momentos particularmente difíciles. Es una historia, en fin, donde se vislumbra la posibilidad de que la creatividad humana prevalezca sobre el poder del dinero.

San Salvador, 30 de mayo de 2008.